



Monika Zgustova
Soy Milena de Praga



MONIKA ZGUSTOVA

Soy Milena de Praga

Galaxia Gutenberg

La autora agradece haber podido contar con una ayuda del Institut Ramon Llull
y con la estancia en la residencia de escritores Art Omi en Nueva York,
esencial para la redacción de esta obra.

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S. L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2024

© Monika Zgustova, 2024
© Galaxia Gutenberg, S. L., 2024

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona
Depósito legal: B 51-2024
ISBN: 978-84-19738-66-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

La niebla

Más allá de las ventanillas del coche la nieve húmeda y una niebla gris se extienden sobre el paisaje blanco. Estamos a mediados de noviembre. Escucho distraída a mi amiga, que me habla de un proyecto artístico en el que está trabajando: se trata de las mujeres en los campos de concentración.

Desde que subimos al coche en Berlín, estoy inmersa en mi propio mundo, en el que el tiempo no se mide por horas ni por minutos. El tiempo se parece más bien a un frágil jarrón de cristal que se llena lentamente de sensaciones auditivas, experiencias de la naturaleza o la arquitectura, emociones del momento. En esto pienso cuando la artista y yo bajamos del coche delante del edificio con el letrero «Memorial de Ravensbrück» y luego cuando nos dirigimos hacia el lago donde los patos nadan tranquilamente, como si en su fondo no se hallaran los restos de miles de cadáveres de mujeres. Atravesamos la puerta, como las que vi en Auschwitz y en Terezín. Mi amiga desaparece con su cámara en uno de los barracones para fotografiar la mazmorra del campo donde las SS enviaban a las prisioneras más rebeldes. Me quedo fuera y atravieso la vasta extensión donde se encontraban los barracones, de los que hoy solo quedan unos pocos. Aquí vivían las prisioneras. ¿También medían el tiempo por las emociones y las vivencias que caían en el jarrón de cristal del tiempo transcurrido?

Camino imaginándome los barracones donde, hacia el final de la guerra, cientos de mujeres malvivían en una sola ha-

bitación. Estoy casi al final; un muro gris con alambre de espino se cierne frente a mí. El yeso se desprende del muro que separaba a las prisioneras de la libertad. Aquí debió de ser donde Margarete Buber-Neumann conoció a Milena Jesenská. Esta estrechó la mano de Margarete: «Soy Milena de Praga». Así se presentaba. Praga era su identidad, más que su apellido. Las dos mujeres se pusieron a hablar y Milena actuó como si no fuera una convicta en un campo de concentración bajo vigilancia constante, sino una mujer libre en un bulvar, que se dirigía con su amiga a un café. Así conservaba su humanidad.

Avanzo a lo largo del muro e imagino ese callejón entre los barracones que conocieron tanto horror y tanta miseria que llenarían todo el lago que se extiende allí cerca, pero aun entre la barbarie estas mujeres sin duda encontraron algunos breves instantes de paz y tal vez, incluso, de felicidad.

Como en un ensueño, de repente veo que algo ha empezado a moverse sobre el muro, al fondo, con sus restos de nieve. Son figuras humanas, o más bien sombras. Sombras de mujeres. Llevan uniformes de presidiarias. Se pierden en la niebla, esas siluetas que flotan justo por encima del suelo, todas de color gris perla y translúcidas. Son ellas, las mujeres encarceladas, las que trabajaban aquí e hicieron de todo el horror su propia vida; aquí conocieron la amistad y el odio, el deseo y la repulsión. Caminan una detrás de otra y una al lado de otra, como caminaban hace ochenta años tras incorporarse al campo, tras su trabajo forzado, con la cabeza gacha, encorvadas.

Sin embargo, allí veo a una que camina erguida. Ella también flota, ligera como un pañuelo de seda. Es la única que me mira, y en la luz nacarada de su delicado rostro percibo interés. Ahora la sombra erguida se separa de las demás y se gira en mi dirección.

Lenta y ágilmente, la alta figura se abre paso hacia mí. Sus brillantes ojos de color azul grisáceo, enmarcados por las pes-

tañas negras, brillan en la bruma. Se acerca y, ya a mi lado, me toma de la mano.

–Soy Milena de Praga –me dice en voz baja.

Y cuenta su historia.

I

La extranjera

I

Finalmente, no puedo soportarlo más y meto la mano en el joyero. Mis dedos palpan unas perlas..., un collar..., unos broches, unos anillos... Una voz me advierte de que está mal, la otra me susurra que siempre me había apropiado de cuanto había querido, ya fueran unas ramas de lilas que arrancaba en los parques de Praga o unos billetes que extraía de la caja registradora del consultorio médico de mi padre. La posibilidad de tener lo que deseaba me proporcionaba una sensación de libertad.

Pero aquí, en Viena, no tengo nada. O casi nada. Y no solo en lo material. Intento olvidar que mi marido se ha hartado de mí y por eso se entrega a tantas y tantas aventuras con mujeres cultas, elegantes, refinadas.

Las joyas tienen un tacto sedoso y frío. ¿Cuál debo llevarme?

Ante mis ojos pasa la silueta de dos, a veces tres, jovencitas, que medio andan, medio bailan por la avenida Příkopy de Praga con trajes que estilizan aún más sus esbeltas figuras de estudiantes de diecisiete años. En la floristería, cada una elegía una flor o un ramito y la rubia, o sea yo, lo pagaba todo. Se preguntaban a quién regalarían los ramos, y entonces, riendo, irrumpían en un local con un cartel que rezaba «Café Arco», lleno de señores con trajes oscuros y corbatas o pajari-tas, algunos de pie con bombines en la entrada de la cafetería...

Nos sentamos un rato, repartimos las flores a desconocidos que no dejaban de maravillarse y salimos emocionadas del Arco, dejando atrás una ola de asombro y de murmullos sobre las estudiantes de Minerva: Chicas de Minerva, me ponéis de los nervios, decían los desconocidos mientras sorbían coñac, vino y café turco.

Sigo palpando las joyas con los dedos, pero no me atrevo a abrir el joyero del todo y mirar dentro, porque eso me haría sentir como una ladrona que ejerce su oficio con deliberación, mientras que meter la mano en una caja y sacar algo de ella al azar es excusable desde cualquier punto de vista. La pareja de actores que me ha contratado como su ama de llaves no está en casa. La señora se ha ido a ensayar, el señor está de gira por Austria con *El avaro*, de Molière.

No lo pienso más, agarro un puñado de joyas y en un santiamén saco la mano del joyero. Con la otra mano me echo el abrigo por encima, agarro el bolso, tan estropeado que me da vergüenza, y salgo corriendo a la calle. Vendo las joyas sin mirarlas y, con la cartera llena, me apresuro a entrar en la gran tienda de la moda Neumann, en la Kärtnerstrasse, delante de la Ópera. Me encantan esos grandes almacenes *art nouveau*, en parte porque su arquitecto es mi admirado Otto Wagner, pero sobre todo porque siempre que paseo por esa calle miro las esculturas que adornan la parte superior del edificio, las preciosas ninfas y angelitos que se secan después de un baño y se miran en el espejo.

El dinero me quema en el bolsillo. En Neumann me cambio de pies a cabeza, me pongo ropa interior de encaje, medias de seda caladas, zapatos de tacón ancho, un vestido ligero como una tela de araña con una falda como los pétalos de una flor, un abrigo y un sombrero; los guantes y el bolso son de la piel más suave que encuentro.

Entonces salgo a la calle. Tiro al cubo de la basura la ropa vieja, el bolso raído y los zapatos destrozados. Mujeres y hombres me miran y yo brillo, y no solo yo, todo a mi alrededor reluce. Por el camino, me hago cortar el pelo al estilo japonés, a la altura de la barbilla, con un flequillo. Giorgio, además, me delinea los ojos con lápiz negro. Y ahora, ¡venga, al café Herrenhof!, allí donde mi marido Ernst estará sentado, como cada tarde, rodeado de su horda de admiradores y sobre todo admiradoras. Tengo que elegir: bajar por la ancha avenida del Ring y atravesar el Volksgarten, o dar un rodeo por las calles del casco antiguo. Opto por lo segundo, las calles vienesas me recuerdan a Praga y con ella, a tiempos mejores.

Intento imaginarme los comentarios de Ernst sobre mi nuevo modelito; tal vez ni siquiera reconocerá a esa Cenicienta convertida en baronesa de veintitrés años en el baile. Nunca dejo de pensar en Ernst, ese célebre crítico literario al que temían todos los escritores praguenses, pero también los vieneses y los alemanes.

Nos conocimos en un café, no podía ser de otra manera. A mi compañera de estudios, Staša, la invitó al Montmartre su amigo, el periodista y escritor Egon Erwin Kisch, y ambos me animaron a que me uniera a ellos. Kisch se sentó entre Staša y yo, era él quien había reunido a toda la compañía para leernos lo que había escrito sobre el café de Montmartre antes de que se publicara su libro. Pedí un chocolate caliente, bien espeso. Kisch tomaba ya su segundo coñac para armarse de valor, porque, según me confesó, tenía delante al crítico más exigente de Praga.

Era un hombre de la edad de Kisch, unos diez años mayor que Staša y yo; creo que ya me lo habían presentado en el café Arco. Hablaba en voz baja y algo ronca sobre los poemas contemporáneos y captaba plenamente la atención de todos los presentes. Lanzaba miradas irritadas a Staša, porque

por encima del hombro de Kisch, mi amiga me estaba contando un chiste que no terminaba nunca, y del que ella se reía a carcajadas antes de concluir. Yo me preguntaba cómo aquel hombre, que susurraba como si tuviera las cuerdas vocales inflamadas, podía cautivar con sus sosas tesis a aquella docena de personas.

Excepto a Staša, claro.

Entonces el hombre alargó la mano hacia su taza para beber un sorbo. Kisch aprovechó la pausa para presentarnos, y el hombre, que se llamaba Ernst Polak, me dijo que me conocía de vista, de sus paseos por la avenida Příkopy y los cafés. Luego guardó silencio y me observó mientras vertía el chocolate espeso de la tetera en mi taza. Me observaba con tanta atención que acabé manchando el mármol claro.

—¿Le apetece? —le dije, riendo para romper la tensión.

—Sí, me apetece mucho —contestó en un susurro, como si estuviéramos los dos solos en la mesa—. En una cuchara —añadió.

Llené una cucharada de chocolate, parecía que iba a desbordarse en cualquier momento, y la apoyé en la palma de la mano mientras la llevaba al otro lado de la mesa. El hombre acercó la cabeza y los labios. Se llevó firmemente la cuchara a la boca y dejó que yo sostuviera el otro extremo. Saboreó la condensada bebida como si fuera lo mejor que jamás hubiera probado, sin apartar de mí sus ojos oscuros que brillaban con unos reflejos dorados. Después de unos largos segundos —Kisch, mientras tanto, había empezado a leer su texto— entrecerró los ojos y soltó lentamente de la boca la cuchara que yo seguía sosteniendo. Parecía como si las lámparas del café se hubieran apagado. Al cabo de un rato volvió a abrir los ojos y buscó mi mirada. Llenó una cuchara de su café con nata montada y la acercó lentamente a mis labios hasta introducirla en la boca. El trago fue agri dulce y me pareció estar saboreando a ese hombre.

Dulzura y amargura se fundieron sobre mi lengua.
Aquel fue nuestro primer beso.

¡Cómo se enfadó mi padre! Siempre había sido un patriota y en secreto deseaba que yo hubiera elegido a alguien cuya lengua materna fuera el checo; alegaba que ya estaba harto del alemán, la lengua del imperio. Así que me envió a veranear en el hotel Špičák, en la sierra de Šumava. Pero Ernst, a pesar de que le gustaba pasar su tiempo libre en los cafés con otros literatos, bien alejado de la naturaleza, se alojó en otro hotel de montaña cercano y pasábamos todo el tiempo juntos. Por la noche nos visitábamos en su habitación o en la mía, y por la mañana los huéspedes del hotel se escandalizaban al ver nuestra ropa arrugada, las melenas despeinadas y las caras resplandecientes. Algunos estaban tan indignados que interrumpían su estancia y se marchaban. Sin embargo, el hotelero no me echó del Špičák porque mi padre era uno de sus mejores clientes.

El patriotismo de mi padre me exasperaba. Polak me atraía, entre otras cosas, porque su lengua materna era el alemán, aunque juntos habláramos en checo. Ernst era completamente diferente a todos los que yo había tratado. Antes de conocerlo, estaba convencida de que solo me atraían las chicas; las había preferido a los chicos, a esos niños y mamarrachos, como los llamábamos con grandes risas con mis amigas. Y luego surgió este hombre, sutil y displicente, frágil y fuerte, cruel y tierno, pero sobre todo incomprensible y ambiguo. Destacaba por su hermoso alemán y checo, su melena negra y su voz grave y gutural, capaz de llamar la atención mejor que los gritos.

Quedé embarazada.

Decidí abortar.

En eso mi padre sí que me apoyó, y lo más importante: me infundió fuerzas para dar el paso y me lo facilitó. Para que me pudiera restablecer me envió a un sanatorio psiquiátrico, en el

castillo barroco de Dientzenhofer, en Veleslavín, rodeado de amplios jardines.

Mi padre esperaba que para entonces me hubiera cansado de Ernst Polak. Pero calculó mal. Tal vez le hubiera hecho caso a mi madre, la habría consultado como a una amiga, pero mi madre me faltaba desde que tenía trece años. Solo podía hablar con mis amigas; eran las únicas en las que confiaba. Sin embargo, mis queridas Staša y Jarmila eran tan alborotadoras e irreflexivas como yo.

Sentía un vacío sin fondo por mi madre, que me dejaba peinar su larga melena todos los días. Vivíamos en la calle Ovocná y mi madre solía llevarme a pasear a lo largo del río Moldava y a Žofín. Le pedía que subiéramos al monte Petřín, pero su salud no se lo permitía. A veces me sorprendía en casa bailando y deslizándose por el suelo de madera abillantada de nuestro enorme apartamento, y entonces se unía a mí, pero no aguantaba mucho tiempo, se ahogaba. Un día me regaló una bolita de cristal con efecto arco iris.

—Cuando estés triste o enferma, mira dentro: hay un mundo de belleza cambiante encerrado en ella, y yo te estaré esperando allí.

Y finalmente se apagó como una vela.

Tras la muerte de mi madre, mi padre se volvió ensimismado e introvertido. Solo meses más tarde buscó compañía y se acostumbró a salir por la noche.

En aquella época me enamoré de mi profesora de checo: le escribí varias cartas y ella me contestó, pero no llegamos a nada, así que me incliné por mis amigas de Minerva y, más tarde, por las de la universidad. Mi padre, guapo y admirado en sociedad, un médico y profesor universitario célebre incluso fuera de Austria-Hungría, me colmaba de dinero para poder descansar de mí y disfrutar de su tiempo libre. Y como yo conseguía los billetes con tanta facilidad, los tiraba a manos llenas.

Solo los fines de semana se los dedicaba a mi padre: salíamos de excursión y caminábamos hasta cuarenta kilómetros con sus amistades.

Estoy flotando por la elegante Kärtnerstrasse hacia la catedral de San Esteban. Me detengo ante el largo espejo de una perfumería y no me reconozco: ¡esta joven vestida con un gusto exquisito no es la torpe Milena vienesa! ¿Qué dirá mi marido que ya se ha cansado de mí? Era tan diferente en Praga, ese Ernst de los labios suaves, los ojos soñadores, el cuerpo flexible de un hombre sedentario. Y también con un apartamento repleto de estanterías de libros... Íbamos a conciertos de música clásica al Rudolfinum, al Nuevo Teatro Alemán y a veces al Teatro Nacional, a fiestas literarias y a inauguraciones de exposiciones. Esa era mi escuela; los profesores universitarios no podían atraerme con sus teorías, yo solo quería aprender de Ernst.

Aparte de deslizarme alegremente por Praga, durante las horas que Ernst trabajaba en el banco me gustaba rodearme de libros y diccionarios, y me tomaba en serio mis clases de francés e inglés. El alemán me lo prohibía mi padre porque lo consideraba la lengua del enemigo. Sin embargo, Bohemia pertenecía al Imperio austrohúngaro, y en las calles se oía mucho alemán, así como yidis y otras lenguas del imperio; había tres teatros alemanes en Praga y varias librerías, periódicos y revistas alemanas. Soñaba con ser traductora, pero mis propósitos nunca duraban mucho. Después de estudiar en Minerva, la universidad no me supo seducir; ni medicina, ni música.

Cuando estaba en el sanatorio de Veleslavín, Ernst solía venir a verme, y caminábamos juntos por los senderos del parque a escondidas, para que las enfermeras no nos vieran, porque se lo soplarían a mi padre y yo, al volver, tendría en casa un infierno.

Ernst dirigió una carta a mi padre donde le solicitaba una cita para pedir mi mano. Sin embargo, mi padre le humilló al rechazar su petición; no tenía intención alguna de verle y así se lo escribió. En realidad, no rechazaba a Polak por ser un judío que hablaba alemán además del checo. Mi padre se había informado sobre él y se enteró de que era un conocido mujeriego. Así que ni

siquiera su trabajo bien remunerado en uno de los bancos principales del país le ayudó. Esto me recuerda a aquella vez que Staša y yo irrumpimos en su banco riéndonos para regalarle flores. Pero nos encontramos con caras de rechazo y Ernst parecía aterrorizado. Así que Staša se llevó aquellos lirios a casa.

Mientras tanto, hice lo que pude para consolar a Ernst tras el rechazo de mi padre. Toqué Schubert y Schumann, Beethoven y Smetana al piano para él. Le compré la obra completa de Balzac encuadernada en la piel más fina, llené de flores su apartamento, del que tenía las llaves. Pero Ernst era muy sensible a los olores y tiraba mis flores a la basura. Sus colonias francesas, ni los perfumes parisinos de sus amigas íntimas, sin embargo, no entraban en la categoría de olores molestos.